

Sobre el caos, el comienzo del mundo y el inicio del filosofar

«La verdad es que el Caos... no existe más que en nuestra cabeza. Allí lo hemos hecho nosotros –bien trabajosamente– por nuestro afán immoderado, propio de viejos dómynes –¿qué otra cosa somos?– de ordenar antes de traducir».

(ANTONIO MACHADO).

Hace buen tiempo, hace mal tiempo, hace calor, hace frío... «Lo primerísimo que hizo en el mundo fue Caos.» *Panton men prôtista Xaos géneto...* Tal es el parte metereológico de Hesiodo. *Hizo Caos*, allá al comienzo de los comienzos del mundo. Mas la frase griega *panton prôtista* pudiera decirnos tanto que Caos es lo primario de lo primario como lo primero de lo primero. De lo primario se llega a lo secundario o derivado, por decadencia: de lo primero se pasa a lo segundo, a lo tercero...; y se crece, como en la sucesión numérica, hacia lo infinito. De lo primero hay que salir cuanto antes; de lo primario, lo más tarde y lo menos posible. Parece que, para Hesiodo, el Caos fue lo primero de lo primero, lo primerísimo de que había que partir lo antes posible, para llegar, *autar épeita*, inmediatamente después, a la Tierra, *sede de todos, la siempre segura, la de anchas espaldas*.

El *Génesis* no discrepa gran cosa del informe cosmogónico de Hesiodo. Claro que, si traducimos el versículo primero por *In principio creavit Deus coelum et terram*, las diferencias resaltan tanto tanto que deslumbran, y no dejan percibir las semejanzas. De *Hizo Caos* a *Dios creó Cielos y Tierra* hay mucha más distancia que entre *Hacia tiempo lluvioso* y *Un avión del Ministerio de Agricultura y Cría bombardeó las nubes con...*, y *la gravedad terrestre hizo caer según ley matemática eso que el vulgo llanta lluvia*. Una vez *llueve*; otra, *Dios llovió...*

Pero *traducir* no es *se traduce*, sino *yo traduzco*, sea un yo individual el que, por su cuenta, traduce, o un yo encargado

de traducir por órdenes por un YO, mayúsculo como una Iglesia, la de Roma o la de Inglaterra.

Total que no salimos de yo, con o sin altavoces, con radio-difusión oficial o con un hilito de voz.

Las Aguas, tierra desierta, yerma, tinieblas, abismo, viento; y una voz que pide *Hágase luz*. Caos inicial. Lo difícil va a ser, como decía Machado, persuadirnos de que tal estado de Caos exista algo más que en nuestras cabezas de arios o semitas, y de que no provenga de ese afán inmoderado de viejos dómynes: ordenar antes de traducir. Y si no ha habido Caos, ni tiene sentido todo Caos sino porque nos proponemos ordenar con el ramplón criterio gramatical y lógico de maestrillos de latín ante un texto clásico, no habrá por qué pidamos un Dios que haga de *gran Dómine* que nos enseñe cómo ordenó el Caos del mundo, y lo primero de lo primero nos haga entender que el mundo estaba en Caos.

I. COSMOGONÍAS DE VIEJOS DÓMINES

*Pasos de peregrino son errante
Cuantos me dictó versos dulce musa, ...*

Caos gongorino

El Dómine nos lo hará entender *ordenando* lógicamente, según gramática dirigida por ramplona lógica clásica:

Los versos que musa dulce me dictó son pasos de peregrino errante...

O más fielmente, con fidelidad lógica perruna:

Cuantos versos me dictó musa dulce son pasos de peregrino errante. Y ese sutil, delicioso, artístico saltarse la condenada lógica -de que hablaba Unamuno y practicó Góngora- habrá desaparecido a manos de la lógica. Y nos hallaremos ante otro Caos: mundo árido, desierto, sin estrellas, sin luz; y con una voz clamando desesperadas tente: *hágase luz, hágase fuego: Hágase Poesía*.

El Dómine de esas horrendas *Retóricas y Poéticas* en que nos educaron, o maleducaron -y de las que porque *Dios es grande, o Alá es Alá*, nos libramos-, se quedaba tan orondo cuando ante el pretendido Caos de los versos iniciales de la *Epistola ad Pisones*:

*Humano capiti cervicem pictor equinam
Iungere si vellet...*

nos descubria, creyendo hacer luz, el orden lógico:

Si un pintor quisiera unir cerviz equina con cabeza humana...

Transparencia de lógica en palabras, frente al caos lógico y verbal de

a humana cabeza cerviz pintor equina
unir si quisiera.. .

Y ¡qué de aquellos trasudores para *ordenar*, antes de traducir, aquello de Lucrecio:

*Jamque caput quassans gravis suspirat arator
Crebius incassum magnum cecidisse laborem!*

Quien no vea aquí sino caos lógico es que no ve cosmos estético. Sujeto, verbo, predicado; sujeto, adjetivos, atributos; verbo, adverbios, frases adverbiales; complemento directo, indirecto...: todo eso, el Gran Cosmos Lógico, de palabras con función de descubrir la lógica -a lo que llamó Aristóteles función *apofántica*, Dios se lo haya perdonado-, destruye de poderosamente sutil manera el Cosmos estético.

Y ¿quién nos ha dicho que vale más Cosmos lógico que Cosmos estético? Y sobre todo: ¿qué razones, que no sean petición de principio, pues estamos en el principio de los principios, pueden aducirse para fundamentar tal preferencia inicial?

Pero no corramos, que las argumentaciones lógicas son agua cuesta abajo.

Es claro que, con los medios matemáticos actuales, es posible transcribir la mejor sinfonía de Beethoven en un sistema de ecuaciones diferenciales, las de la acústica, dando alas variables a las condiciones en los límites valores convenientes; sacarle su radiografía matemática, y, por obra y gracia de Whitehead y de Russel, la radiografía lógica pura. ¿Qué es el Caos y qué es el Cosmos en este caso: la sinfonía de Beethoven o la lógica de la sinfonía de Beethoven?

El matemático y el lógico saben que los valores que es preciso dar entonces a las variables de las ecuaciones matemá-

ticas, y fórmulas lógicas, son arbitrarios –unos entre millones, trillones...–; y que es matemática y lógicamente una casualidad que el resultado suene bien; tan casual como chic, al poner en vez de a^2 y en vez de b^2 en $(a+b)(a-b) = (a^2 - b^2)$, el resultado, 3, sonará bien; y para otros valores de a y b , el resultado fuera un desafino. No otra cosa le pasó a Pitágoras; y su armonía de las esferas celestiales ha quedado, sin mayores cumplidos, desterrada de la astronomía matemática.

¿Quién es el *dómine*: Pitágoras o Newton?

Lo peor de todo ese teje maneje de *dómines*, gramáticos o matemáticos, no es la de ordenar antes de traducir; lo peor de eso peor consiste en que, una vez ordenado, ya no se puede volver al cosmos sonoro, musical, de palabras bien sonantes, de armonía de las esferas, de verdad a servicio activo de belleza –de que, con grandes pretensiones de mejorar, se partió.

Cuando a un Cosmos se lo declara Caos, no es nunca tal Cosmos el que queda ordenado. Ese cosmos vuelve o va a la Nada; y el nuevo cosmos, el Cosmos obtenido por ordenar el caos del pretendido Cosmos, no es ya el Cosmos de tal Caos, sino otra cosa que habrá que sacar de la Nada, o al menos que jamás saldrá sin más del calumniado Cosmos-Caos inicial.

Gran sabiduría la de Machado –discreta, además, por puesta en boca ajena–, cuando decía: «Dios no se tomó el trabajo de hacer nada, porque nada tenía que hacer antes de su creación definitiva. Lo que pasó sencillamente fue que Dios vio el Caos, lo encontró bien, y dijo: ¡Te llamaremos Mundo! Esto fue todo».

No hay Caos, así en absoluto: *El Caos*. Ni Caos es Caos de un Cosmos, ni Cosmos es cosmos de un Caos. No hay más que Cosmos, para quien no sea un *dómine* viejo –de siglos o de mente.

Sólo Dios es capaz de encontrar bien al Caos, verlo cual Cosmos que es; y notar que no hay que hacer sino cambiarle cuando más de nombre: *Te llamaremos Mundo*.

Tratemos de imitar a Dios.

II. COSMOGONÍAS DE DÓMINES JÓVENES

Si en un momento cualquiera –y cualquiera es el presente– le dieran a un matemático el número de partículas que hay en el universo, sus posiciones actuales y sus actuales cantidades de movimiento, más las leyes matemáticas (diferenciales) que rigen tal conjunto de partículas en un momento cualquiera

–y éste lo es–, podría calcular, cuál teorema, dónde y con qué cantidad de movimiento se hallaron, hallan y hallarán dichas partículas desde siempre y para siempre. Laplace, con discreción ejemplar, no dijo que él podría hacer tal cálculo; lo recomendó a un espíritu, o supermatemático servicio de un supercerebro electrónico, diríamos ahora, a poco más de un siglo de la sentencia laplaciana.

Si semejante cálculo puede verificarse a partir de cualquier momento –hoy, mañana, ayer, este segundo, el primer segundo del año 2002, o el centésimo del 220022...–, y, desde él, hacia desde siempre y hacia para siempre, viene Laplace a decirnos con el neutral lenguaje matemático que eso de inicio y final del mundo no tienen sentido alguno; que Caos ni fue el inicio, ni será el final. No hay *dómines* en matemáticas que exijan a los discípulos ordenar antes de traducir; el matemático imita, sin más requisitos que su ciencia, a Dios: vio el Caos, lo encontró bien y dijo: *Te llamaremos Mundo*. El mundo actual, con sus figuras bordadas en luz –decía un griego viejo, no *dómine* aún, anterior al *Dómine primero* que fue Platón–, es tan Caos como lo fuera, de ser verdad, lo que otro griego, no *dómine*. *Heraclito* de Efeso, el Oscuro, afirmaba: el cosmos más bello no es sino un puñado de polvo echado a voleo.

Nada de extraño que las denominaciones de Cosmos y Caos hayan desaparecido de la física matemática, después de haberse llevado el diablo las distinciones entre Cielo y Tierra, mundo sublunar y supralunar, y con ellas el sentido a la una teológico y astronómico de *Padre nuestro que estás en los Cielos*.

La nebulosa laplaciana es tan poco, tan poco caos, como lo es la atmósfera terrestre. Ni caos ni cosmos.

Los *dómines* jóvenes no enseñan a ordenar matemáticamente el universo; sino a leerlo en el lenguaje en que está escrito; y, leído matemáticamente, como matemáticamente está escrito y siendo, pierden todo sentido inicio y final, creación y escatología.

Hacer que haya algo es, para el matemático, tan sin sentido como hacer que haya números, o hacer que el dos sea par o que el número pi sea transcendente. Dios no se tomó el trabajo de hacer nada en matemáticas, porque nada tenía que hacer ni nada hay que hacer, ni siquiera hay que hacer que haya algo.

No lo creyó así Napoleón, después de echar una mirada –bien somera debió ser– al *Tratado de Mecánica Celeste* de Laplace; y entendió tan poco de ella, y tan poquito de tantas co-

sas más, que le preguntó: ¿qué había hecho de Dios en su tratado?

A lo cual, cuentan, contestó discretamente Laplace: Señor, no he necesitado de semejante hipótesis. La respuesta brutal hubiera sido: Señor, no hacen falta Napoleones ni para iniciar ni para continuar el curso matemático del mundo.

Y continúa sobrando semejante hipótesis en teoría de la Relatividad, en sus múltiples cosmologías matemáticamente posibles. Nada de extraño que para los grandes físicos y matemáticos sobren tantos otros Napoleones, en tantos y tantos terrenos, acostumbrados como están a no tropezárselos en matemáticas.

No hay sistemas de referencia privilegiados; no hay punto del espacio predestinado a lugar de nacimiento del mundo. A la pregunta leibniziana: ¿por qué el mundo se originó aquí y no allá?, la respuesta es: *porque sí*. Y a la pregunta, diferente al parecer, mas en el fondo igual: ¿por qué hay mundo físico más bien que nada?, la respuesta repite: *porque sí*.

En los dominios del *porque sí* reina la suerte, la probabilidad. El *Dómine de los dómines* que hubiese querido poner orden en eso de origen del mundo físico, contextura del mundo físico, leyes del mundo físico..., sacándolo de la nada en que nada es nada y nadie es nadie –para que entonces y por virtud de tal orden pudiéramos traducir a nuestras entendederas lo que es y lo que pasa en el mundo–, se hubiese encontrado, nos advierte la teoría de la relatividad –si es que queremos o podemos entenderla–, con que no podría determinar por razón, por orden de razón, *dónde y cuándo* surgiría el mundo. El espacio-tiempo relativista no tiene puntos privilegiados de referencia para esos menesteres ontológicos.

Una vez más: *Dios no se tomó el trabajo de hacer nada, porque nada tenía que hacer*.

Dios, puesto a hacer, no hizo el mejor de los mundos posibles en el mejor posible de los lugares y en el mejor posible de los tiempos, con el mejor posible sistema de referencia; nada tienen que hacer en física ni el mejor de los lugares, ni el mejor de los tiempos: todos son unos *cualesquiera*. Así que no queda más remedio que echarlo a suerte, a dados. Y salga lo que saliere.

Pero Milne, relativista a medias, y a medias creyente, pensó, un poco en plan de *dómine*, que Dios tenía algo que hacer y que algo hizo en un instante privilegiado del tiempo –hace unos cinco mil millones de años. El *Génesis* no pasó de discretas vaguedades: *En el Principio creó Dios los Cielos y la Tierra*.

Ahora podemos complementarlo, sea hecho con toda reverencia, diciendo: *Hace cinco mil millones de años, Dios creó los Cielos y la Tierra*. Sólo le faltaba al bueno de Milne añadir: *Hace cinco mil millones de años, donde está ahora el Big Ben de Londres, creó Dios los cielos y la tierra. A esa hora cero el supraátomo superradiactivo y supracondensado de Lemaître explotó; justamente aquí*.

¿Por qué?: porque así se deduce de la ley matemática de un fenómeno llamado *recesión de las nebulosas*. Hace cinco mil millones de años tuvieron que estar juntas en un lugar. Sí; mas ¿en cuál? En uno de tantos. No le sucede al universo, supone Milne, como a los simples mortales: si hemos nacido en un día fijo de un año fijo hemos tenido que nacer en un lugar determinado, aunque el lugar sea tan humilde como Pamplona, y la fecha tan borrosa como 26 de junio de 1901.

La teoría de la relatividad es aquí la lógica y la coherente. Lo demás es científicamente inadmisibile; y tomarlo en serio teológicamente es poner en ridículo a la fe, como ya, con ocasión parecida y tema igual, advertía Santo Tomás.

De las seis combinaciones equiposibles entre las letras a, o, r; a saber: a o r, a r o, o a r, o r a, r a o, r o a, a dos les cayó en suerte significar algo en castellano, sin mérito ninguno de su parte. Para el matemático es una sorpresa, sin importancia científica ninguna, el que sólo dos de esas seis combinaciones signifiquen algo en castellano; y pésimo matemático sería si deslumbrado por tal descubrimiento hiciera intervenir en adelante y de manera privilegiada esas dos combinaciones –aro y ora– en sus razonamientos. Y se preguntara en serio: ¿Desde cuándo esas combinaciones de a, r, o y de o, r, a comenzaron a significar lo que significan aro y ora? Antes de tal comienzo ¿esas seis combinaciones eran un *Caos*? Y si algún gramático de la lengua castellana insistiera tozudamente en la maravilla de que a dos combinaciones, *dos* justamente entre seis, y a éstas precisamente hubiera caído en suerte tan alta y distinguida ventura como significar eso de *aro* y de *ora*, un matemático, imitador de Dios –hasta en la paciencia–, vería el *Caos* combinatorio de *aro* y *ora*, y, por condescendencia, respondería al gramático: *lo llamaremos mundo*, llamaremos a *a, r, o* *aro*; y a *o, r, a* *ora*. Y aquí no habrá pasado nada, fuera de un acto de innecesaria deferencia hacia el gramático metido a filósofo.

Crear no es hacer una cosa cualquiera en un momento cualquiera y en un lugar cualquiera, sino hacer *Yo* justamente

esto en este momento y en este lugar, y que se conozca ese cuádruple componente de *individualidad*: este, esto, este, este. Y más si fueren menester.

Crear es por antonomasia el exhibicionismo de causar. Cualquiera puede ser causa; sólo *Éste* puede ser creador y, para ser tal, tiene que serlo de *esto*, de *esto*, de *esto*.

Este, esto excluyen, por constitución, a *todos*, cada uno de los cuales sea uno de tantos –como tienen que serlo los individuos de una especie, las especies de un género, los géneros de una categoría, los entes de ser. Nada es creado, ni puede ser creado en cuanto ser, ni en cuanto cuerpo ni en cuanto espíritu, ni en cuanto viviente... ni en cuanto hombre –sea finito o no. Nadie crea sitio en cuanto *Este*; y nada puede ser creado sino en cuanto *esto*. Y lo único –éste, esto– no cae ni en especie ni en género ni en categoría. Ni en ciencia. Por eso la creación no es fenómeno o acaecimiento científico ni científicamente demostrable –como nadie, sin caer en ineficiente ridículo puede proponerse demostrarne que *yo* existo. Que yo soy uno de tantos hombres, uno de tantos animales, uno de tantos cuerpos... no hay cosa más sencilla de demostrar palpablemente; para algo de eso basta con ponerme en un platillo de una balanza y colocar en el otro a cualquiera –setenta kilos de patatas o pollino de setenta kilos.

A hombre le cae en suerte ser *este*; a ente le cae, o no le cae, en suerte, ser *esta* imagen de *este* Creador, tanto o más que a *a, r, o*, le cayó en suerte significar *aró*. Empero, una vez que a *a, r, o* cayó en suerte significar *aró*, parécele, al gramático, indisoluble de tal combinación tal sentido y percibimoslo pertinaz y constantemente en esta combinación matemáticamente insignificante. La combinación *a, r, o* resulta *ésta* por virtud del significado que, por una suerte, para la que no hay méritos, cayó, más que como aerólito, a una de las seis combinaciones de *a, r, o*. Pretender demostrar que *a, r, o* tiene que significar *aró* es tan trampa como intentar *demostrar* que en la lotería de mañana caerá el premio gordo al número que yo compré hoy.

Ser creatura es un premio que por pura suerte, porque sí, por gracia, cual don, cae a una cosa que, por sólo ser ser, no pasará de una de tantísimas de la universalísima extensión de ser.

De ese Caos que es el ser –lo inmediato, indeterminado, incomplejo, de que hablaba Hegel–, nadie puede sacar nada por creación. Y el ser, y ser ser es –como vio perfectamente Hegel y

con igual perfección lo dijo– lo mismo, lo mismísimo que nada. Ser, eso lo es cualquiera –muchísimo más que ser hombre es ser uno cualquiera de los hombres.

III. COSMOGONÍAS DE PERSONAS

«Dios no se tomó el trabajo de hacer nada, porque nada tenía que hacer antes de su creación definitiva...».

Si se quiere crear –y no causar como un fuego causa un calor, y un hombre otro hombre, por ser todos uno cualquiera en su especie., y según las reglas de la especie–, es preciso, ante todo, *borrar el ser*.

Para el poeta –continúa hablando Machado– el *no ser* es la creación divina, el milagro del *ser que se es*, el *fiat umbra* a que Martín alude en su soneto inmortal al *Gran Cero*, la palabra divina que al poeta asombra y cuya significación debe explicar el filósofo.

Borraste el ser; quedó la nada pura.
Muéstrame, oh Dios, la portentosa mano
que hizo la sombra; la pizarra oscura
donde se escribe el pensamiento humano.
(Abel Martín, «Los complementarios»).

O como más tarde dijo Mairena, glosando a Martín:

Dijo Dios: Brote la nada.
Y alzó la mano derecha
hasta ocultar su mirada.
Y quedó la nada hecha.

Hasta aquí Machado.

La Nada no es el Caos. Aunque, fuera de la diferencia gramatical y sonora, dificultoso es decir –tal vez no lo parezca– en qué uno no es la otra.

Que una cosa es ver, y otra mirar. Que uno puede ver todo, y no mirar nada. Que uno puede no dignarse mirar nada. La mirada es don de la persona. *Este* es quien mira; ver puede hacerlo todo el que tenga ojos en la cara, mas con ellos verá como uno de tantos. Yo miro, todos vemos. Yo doy palabra de que..., mas todos hablamos. Yo confío en.... pero todos afirmamos.

Yo creo, mas todos causamos. Yo creo, pero todos pensamos. Y no por descuido se emplea aquí la misma palabra –*creo*– en dos sentidos.

Se borra al ser, cuando una persona no se digna mirarlo, hacerlo término de sus miradas. Podrá ser un ser, todos los seres, tan evidentes, necesarios, esencializados cuanto queramos; nada de eso da para que Yo los *mire*; aunque, si abro los ojos, y el pensamiento, no tendré más remedio que *verlos*. La intuición es impotente para arrastrar la mirada personal hacia lo más evidente eidéticamente. Mirar es don de *Este* a *esto*, a *esta* cosa cualquiera, convertida por tal don en *ésta*. Y crear es don que *Este* hace a un ente cualquiera, y por tal don lo hace *éste*, creatura suya, de *Este*. Desde *Poema*: *este* poema de *este* poeta; hasta *este* Mundo, de *Este* Dios. Por más que, en rigor, *Poema* es ya de por sí *este*; y Mundo es ya, de suyo, *Este*. Y *poeta* no es hombre; es *éste*.

Cuando *éste*, una persona, no se digna mirar un ente, por esencial, necesario, perfecto que sea, lo deja *anonadado*; y cuando alguien, algo que es *este*; este mi padre, esta mi mujer, este mi atraigo, este mi compañero...–, no se digna mirarnos, nos sentimos *anonadados*, por muy reales que estemos todavía siendo, aun con todo nuestro ser y esencia auestas.

Nada no tiene sentido alguno referida a ser. *Nada* adquiere sentido cuando, por una malaventura, por una mala suerte, alguien que es *Este*, no se digna *mirar* a un ser, por muy vistoso que sea. La mirada crea. La vista es inoperante

Al ser le sobra y le basta con ser ser para ser real. No le hace falta que lo produzca nadie. Si para ser no basta con ser ser, no sabría decir qué es lo que falta. El ser sale de la nada *porque sí*, porque es ser. Y no hay modo de aniquilarlo. Esto lo *vieron muy bien* los griegos, justamente porque *veían* lo visible, lo vistoso, lo eidético de las cosas. Y se *veían* videntes, con ojos de cuerpo o con ojos de mente.

No voy a huronear en la historia para señalar con el dedo, con gesto de *éste*, cuándo el hombre, que es uno de tantísimos seres, comenzó, *por dichosa ventura, estando ya su casa sosegada* de ver, comenzó, digo, a mirar, a ser persona.

Yo soy *sujeto* del *ver*, corporal o mental; y veo *antes*, cada uno de tantos o de tantísimos; yo soy *persona* del *mirar*; y miro, o no me digno mirar, entes; mas si los miro surgen –por dichosa ventura de ellos, derivada de esotra primaria que es la mía: la de ser yo persona–, a ser *éste*, los creo; y si no me digno mirarlos, los anonado –con toda la carga de ser que lleven encima, en la esencia.

Y alzó la mano derecha
hasta ocultar su mirada
y quedó la nada hecha.

La *mirada* crea, la *mirada* anonada. La vista descubre lo *que es*. No hay poder para aniquilar un ente; sí, para anonarlo. No hay poder capaz de producir un ente: lo hay de crearlo.

No hay cosmogonía ontológica u ontogenia.

Y ¿qué mayor ni *más* radical nadería la del ser podemos imaginar que esa: no poder, con toda la carga de realidad, con todos los honores metafísicos de esencia, existencia, necesidad... encima, arrancarnos una *mirada*, forzarnos a que lo *miremos*?

Si Dios fuera ser y sólo ser, ya podría serlo infinito, eterno, inmutable, cúmulo de todas las perfecciones posibles, museo de todos los atributos, escaparate de prerrogativas ónticas; nada de eso podría arrancarnos una mirada, aun viéndolo. Podríamos no dignarnos mirarlo. Por eso, entre mil cosas que no son fáciles de decir, ni fáciles de aguantar oídas, una teología de razones, vistas con vista de mente, no es capaz de arrancarnos una mirada. Las razones no son dignas, sin más, de ser miradas.

Pienso, luego soy; frase manoseada, tanto tanto que resultan ya irrecognoscibles en ella la cara del yo, la mirada de los ojos del yo, y que ser *yo* ser es *crearme* un nuevo y nunca visto tipo de realidad; es hacer que el ser (mi ser) sea digno de ser sido por *mí*, de ser sido como yo. Yo me digno de ser (mi) ser, y yo me digno de pensar con (mi) pensamiento.

Lo otro, la corriente interpretación de los videntes, viene a decir nada más: *veo*, luego es *lo* visto; y mejor aún: *se ve*, luego *se es*.

Por una malaventura, por una negra suerte, a la combinación de letras f, u, n, c, i, o, n, i, n, t, e, n, s, i, v, a, cayó el sentido personal de las frases: yo creo, yo dudo, yo sospecho, yo miro, yo digo... Y la lógica moderna –me refiero a la llamada matemática, simbólica, formal... que es lógica de videntes–, ya desde su primera línea,

alzó la mano derecha
hasta ocultar su mirada
y quedó la nada hecha.

Esas funciones quedan *anonadas*. Y todos, si aún conservamos algo de la dignidad de yo, nos sentimos, confesada o

inconfesadamente, anonadados, cuando nos dicen –los videntes deben verlo– que yo *creo*, yo *sospecho*, yo *miro*, yo *dudo*, yo *estoy seguro*, yo *confío*, yo *amo*, yo *deseo*... nada tienen que hacer en *lógica*, ¿en la *lógica de quién?* De un *quien* que no sea yo o nosotros.

Y no nos extrañaremos de que haya tantos que no se *dignen* dar fina mirada a tal *lógica*, y que crean así haberla aniquilado, cuando, en verdad, no han hecho, ni podían hacer más –como el mismo Dios, en cuanto ser, no puede hacer más– que *anonadarla*.

Todos hablamos; cada uno, como uno cualquiera de tantos y tantos animales vociferantes y parlantes. Sólo en cuanto yo, en cuanto persona, en cuanto *éste*, único, *damos palabra*, creamos *palabra*.

Si Dios pretendiera demostrarnos que El produjo el mundo, apurado se vería; y no lo consiguiera ni con todas las evidencias en rastra, en hilera y en cadena *lógica*. Otra cosa es si nos *da su palabra*; y, dada, nosotros *nos dignamos* recibirla. De Tú a tú. Dignarse dar, dignarse recibir –asentir, creer a una verdad–: esto es lo digno para los dos. Afirmar una verdad, sacar una secuela, mejor lo hacen máquinas calculadoras –de las montadas por Turing.

Dignémonos creer que este mundo fue creado por la *palabra* de *Este* Dios; o, como decía deliciosa y delicadamente Whitman, dejemos que Dios nos enseñe en qué esquina del pañuelo que es este mundo bordó sus iniciales. *Si él se digna* enseñarnoslo, es verosímil que nosotros *nos dignemos* creerlo. Y todo pasará y quedará entre personas. No entre muñecos metafísicos o marionetas *lógicas*.

Y colocados ante el ser y los seres, los filósofos que sean o estén siendo su ser como *yo*, cual *persona*, no se tomarán el trabajo de hacer nada. Lo que pasará sencillamente será que Yo vea el ser y los seres, los encuentre bien, y diga: te llamaré *metafísica*. Y eso será todo.

Pero de que haya ontología a que yo me *digne* creer en ella, la distancia resultará aún plusquamtranscendente. Entre que mundo haya sido creado, y que yo me *digne* creerlo continuará habiendo el abismo insondable que siempre ha habido: Él de vista a mirada; el de sujeto a Yo, el de objeto a Tú, el de universo a Nosotros.